



✠
¡Viva Jesús!

Newman house, 23 de agosto de 2025,
50º Aniversario de la Pascua del Siervo de Dios José Soto Chuliá.

El 23 de agosto de 1975, con 87 años de vida y 65 de sacerdote, falleció el Siervo de Dios D. José Soto Chuliá, amigo de Dios, excepcional formador de cristianos, padre espiritual de sacerdotes. La celebración del 50º Aniversario de su Pascua nos ofrece la ocasión para repasar y tratar de asimilar algunas lecciones de su vida y ministerio.

Nació y fue bautizado el siervo de Dios en Fuente de san Luis, Valencia, el 28 de octubre de 1887. Se preparó al sacerdocio en el seminario de su diócesis. El 12 de marzo de 1910 recibió la ordenación sacerdotal. Párroco de Bolulla y el Cabañal, se dedicó a la formación cristiana de sus fieles. En 1919 se trasladó a la diócesis de Málaga para colaborar en la formación inicial y permanente de los sacerdotes. Director espiritual del seminario por treinta años (1920–1950), se dio del todo a “hacer de mamá de los seminaristas”, como le había pedido el santo obispo de Málaga al nombrarlo. Fue padre espiritual de algunos mártires asesinados durante la guerra civil de 1935 –p. ej. los Beatos Enrique Vidaurreta y Jaime Duarte–. Desde 1950 se dedicó de tiempo completo al apostolado entre los sacerdotes de diversas diócesis españolas, mediante convivencias, reuniones y el diálogo personal; al mismo tiempo se fue intensificando su labor entre matrimonios, jóvenes, mujeres y vírgenes consagradas, siempre en función de colaborar con los sacerdotes diocesanos.

La lectura de los escritos del entonces Beato maestro Juan de Ávila –hoy santo y Doctor de la Iglesia–, durante el periodo del seminario, le ayudó a coger el hilo de la vida cristiana. Desde muy joven soñaba con ayudar a los seminaristas y sacerdotes diocesanos a responder con plenitud de entrega a la llamada del Señor. Una carta pastoral del entonces Obispo de Málaga, san Manuel González le brindó la ocasión para realizar aquel deseo que por tanto tiempo había llevado en el corazón. En esa carta el obispo proponía remediar las tres soledades más perjudiciales de un pueblo «la del sagrario, la del sacerdote y la de las almas». El padre Soto comprendió que si se remediaba la soledad del sacerdote, se remedarían las otras dos.

Conocía la urgente necesidad de reforma del estado eclesiástico, y cómo ésta dependía en gran medida de la adecuada selección y formación de los candidatos al sacerdocio. Su intención era que los jóvenes en formación solo oigan y vean a sus formadores hablar y vivir en cristiano. Dedicó su vida a la formación de los seminaristas y sacerdotes, primero como director espiritual del seminario, y luego dando vida a tres asociaciones que se fueron gestando en torno al padre Soto: La Obra de santa Teresa, un grupo de vírgenes consagradas que dedican su vida a Cristo mediante la oración y el servicio doméstico a la persona del sacerdote, en seminarios, residencias sacerdotales y casas parroquiales. La Obra de san Juan de Ávila, mujeres vírgenes consagradas que dedican su vida a colaborar con los sacerdotes mediante la formación de grupos apostólicos, ayudando a vivir en plenitud el bautismo y los demás sacramentos a través de la oración y una vida de entrega cotidiana. La Fraternidad Sacerdotal san Juan de Ávila, una comunidad de sacerdotes diocesanos aprobada por la Iglesia, que busca ayudar a sacerdotes y seminaristas, en primer lugar a sus propios miembros, a responder con fidelidad a su vocación y a prepararse convenientemente para llevar adelante la misión específica que el Señor les encomienda: «ser, en medio de la comunidad de los fieles a ellos confiados, presencia de Cristo cabeza, siervo, esposo y pastor de la Iglesia... de ahí la suma conveniencia de que en todo reproduzca su imagen y en particular de que siga su ejemplo, en su vida íntima lo mismo que en su vida de ministerio» (Sacerdotalis Caelibatus, n. 31).

Los que conocieron al p. Soto lo recuerdan como un hombre lleno del Espíritu Santo, un sacerdote celoso, prudente y plenamente entregado a la formación de las personas. Una gran cantidad no solo de sacerdotes y seminaristas, sino también

de jóvenes, matrimonios y vírgenes consagradas recibieron de él impulso y alimento espiritual para ser cristianos auténticos, sin componendas ni regateos. Dedicaba muchas horas al diálogo personal, con la finalidad de despertar la conciencia cristiana. *«El gran problema del cristianismo –pensaba él– es que la mayor parte de las personas mejores tenemos la conciencia dormida: somos por dentro paganos, ¡cristianos de nombre, paganos de vida!»*. Por eso el p. Soto decidió dedicar su vida a despertar la conciencia cristiana de los bautizados: *«conciencia cristiana despierta es la que advierte cualquier cosa extraña a la gloria de Dios y reacciona en seguida en cristiano»*. Su mensaje podría resumirse en la llamada a vivir en plenitud el bautismo, que es una llamada a la santidad y al apostolado: *«Bautizado, luego santo y apóstol»*. Una nueva vida, que nada ha perdido de humana, sino la desgracia del pecado original, y que puede dar las más ricas manifestaciones y probar los más ricos y puros frutos de lo que es humano: Hijos de Dios, hermanos de Cristo, Templos vivos del Espíritu Santo (cf. Ecclesiam suam, n. 13b).

Dedicó su ministerio a recordar a los cristianos que haber recibido el santo bautismo no debería ser considerado por nosotros como cosa indiferente o sin valor, sino que debe ser para cada uno de nosotros, igual que lo fue para los cristianos antiguos: una iluminación que haciendo caer sobre nuestra persona el rallo vivificante de la verdad divina, nos abre el cielo, nos esclarece la vida terrena, nos capacita para caminar como hijos de la luz hacia la visión de Dios, fuente de eterna felicidad (Íb.). Cada cristiano, está llamado, a hacer realidad la palabra del Apóstol Pablo: *«Vivo yo, pero ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí»* (Ga. 2,20). “Yo, pero ya no yo”, el p. Soto comprendió que esta es la fórmula esencial de la existencia cristiana, la fórmula de la resurrección en el tiempo, a la que se refería Jesús cuando hablaba del grano de trigo que solo muriendo da fruto abundante: *«En verdad, en verdad os digo: que si el grano de trigo no cae en tierra y muere permanece infecundo; pero si muere da fruto abundante»*. Era un guía exigente, pero también paciente y comprensivo, que no se contentaba con que las personas fueran medianamente buenas, pues quería que fueran perfectamente tales. Creía en el Bautismo y por eso exigía de cada uno no que diera algo, sino que diera todo, esto lo pedía especialmente a los jóvenes: *«En mi largo camino he visto que a los jóvenes cuando se les pide algo, no dan nada; pero cuando se les pide todo, dan más»*. Cuando proponía a los suyos hacer la experiencia del grano de trigo sabía que el punto de partida era *«dinero, familia y honores debajo de los pies»*, entonces y solo entonces podrían *«comenzar a bregar el largo camino de la muerte del yo»*.

Partiendo del bautismo, el núcleo de la enseñanza de D. José Soto consistía no en transmitir un cuerpo doctrinal, sino en comunicar vida: *«el cristianismo no es principalmente doctrina, es esencialmente vida»*. Lo primero que hacía era ayudar a las personas a descubrir la paternidad de Dios: *«Jesucristo vino a enseñarnos que tenemos un Padre, a hacernos realmente hijos de su Padre y a darnos todo lo que necesitamos para vivir como hijos de Dios»*. La primera respuesta de quien ha comprendido y asimilado esta buena nueva fundamental: una confianza ilimitada y filial, que lleva a poner un letrero en el corazón: *«no se admiten preocupaciones»*. Ni siquiera los propios fallos deben producir inquietud, sino empujarnos a una ilimitada desconfianza en nuestras fuerzas y a una confianza absoluta en la potencia misteriosa y arrolladora de la Gracia de nuestro Padre Dios.

En el apostolado, así como en la propia perfección no hay más obstáculo que nosotros mismos, nuestro egoísmo *siempre vivo y resurgente*. El Padre tenía claro que el combate espiritual es siempre un esfuerzo por remover del propio corazón los obstáculos que nos impiden volvernos una copia fiel de Jesús. Por eso, siguiendo a san Juan de Ávila, animaba a *«ser enemiguísimos de la propia voluntad, que no tiene poder más que para deshacer la obra que Dios hace en nosotros»*. Un medio concreto para lograrlo es la transparencia y docilidad con el guía espiritual: contar las cosas, palmo a palmo, compaginando *«el máximo de iniciativa personal con el máximo de sujeción del propio juicio»*. *«¿Quieres una personalidad robusta? ¡Pierde la propia personalidad!»* –decía el Padre–, y repetía aquella máxima de san Juan de la Cruz: *«Déjate enseñar, déjate corregir, déjate sujetar y despreciar, y serás perfecto!»*, y también aquella otra: *«El alma sola sin maestro, que tiene virtud, es como el carbón encendido que está solo; antes se irá enfriando que encendiendo»*.

Además del concilio Vaticano II, el Magisterio de los Papas –de modo especial el de Pío XII, san Juan XXIII y san Pablo VI –, fueron los santos los que trazaron el camino al P. Soto en lo que concierne a la formación de los suyos. De ellos tomaba sus

criterios fundamentales. Había meditado y asimilado sus enseñanzas, como se ponía de manifiesto cada vez que las comentaba en los diálogos o en sus cartas, en las charlas y convivencias. Los textos que citaba no eran frases memorizadas mecánicamente, sino verdades profundamente asimiladas en el propio pensamiento y en la vida, por eso les sacaba todo el jugo, convirtiéndolas en alimento para nutrir el corazón de los suyos.

El padre enseñaba a dar guerra sin tregua al amor propio, para remover los obstáculos que nos impiden amar a Dios y al prójimo por amor de Dios. El objetivo no era un afán mundano de superación y auto-complacencia, sino la gloria de Dios. Pues para eso hemos nacido, para dar gloria a Dios cumpliendo su voluntad, como Jesús: «Amo al Padre y obro siempre conforme a su mandato. Hago siempre lo que agrada a mi Padre, mi aliento es cumplir su voluntad» (cf. Jn 14, 31; 8, 29 y 4, 34). El Padre sabía que en este punto lo mismo roba la libertad interior una gran cadena que un hilo delgado, o lo que es lo mismo, estorba igual un vicio grande y arraigado que una pequeña afición o búsqueda de sí mismo: «Porque eso me da que una ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso; porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso, en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar, pero por fácil que es, si no le quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento en alguna cosa, que aunque más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión» (San Juan de la Cruz, Subida al Monte Carmelo, I, 11, 4). Buscaba hacer realidad el “solo mora en este monte la honra y la gloria de Dios” de san Juan de la Cruz (Subida al monte Carmelo, gráfico inicial).

Los medios: la oración y meditación personal, la lectura espiritual – «*Quisiera que se aficionaran a la lectura meditada. Muchas horas leer y pocas páginas. Lo que es el aceite para la lámpara es la lectura espiritual para la oración*»–; la reparación plena de nuestros fallos; los sacramentos recibidos con las debidas disposiciones –especialmente la confesión, con dolor y propósito, y la Eucaristía: «para comulgar bien es necesario estar en estado de gracia, pero para comulgar con provecho es indispensable el estado de sacrificio»–; el ejercicio de las virtudes cristianas; el esfuerzo ascético en que se dan cita la abnegación, la vigilancia, un tenor de vida esforzado y la contra-reacción cristiana; el cumplimiento fiel y esmerado del propio deber; el diálogo con el guía espiritual y la reunión semanal de formación con el grupo de amigos: «*Para mí, después de la consagración bautismal, no hay tema más importante, bonito y vital que la amistad*», «*santidad en amistad*», «*¡gran mal es un alma sola entre tantos peligros... por eso recomendaría a las que tienen oración hacerse espaldas unas a otras para servir al Señor...*» (Santa Teresa).

Respecto a la reflexión decía el Padre: «*Lección, reflexión, oración. Estás leyendo un punto y, enseguida, te paras a reflexionar: “¡Sí que estoy lejos de esto...! ¿No podría hacer lo que aquí dice...? ¿No podría ser yo así...?, etc., etc., etc.”, y tras esto viene el pedir ayuda: “¡Señor, ayúdame...! ¡Si Tú quisieras...! ¡Ven a luchar conmigo contra mí, porque hay dentro de mí uno más poderoso que yo, y necesito una fuerza superior a la mía para poderlo vencer!*». Como san Ignacio, el Padre enseñaba que «*no en mucho saber, sino en gustar las cosas internamente, está el aprovechamiento*». A Dios rogando, y con el mazo dando: «*Y donde encuentre una lectura que le llame al interior, párese, calle y sea fiel, viva dentro y acabará de morir a muchas cosillas que todavía quedan y que no morirán si Vd., con ese recogimiento y atención al interior y fidelidad, no se dispone. Cuando pueda decir: “Vivo yo, pero ya no yo... etc.”, ¡qué apóstol será!*».

El Concilio enseña que «la vocación cristiana es por esencia vocación también al apostolado» (*Apostolicam actuositatem*, n. 1) y el padre Soto dejó impreso en los suyos el ideal de dedicarse de tiempo completo a la formación cristiana, «*una tarea lenta y muy abandonada, que exige mucho espíritu de sacrificio y olvido de sí*», pero indispensable «*para recristianizarlo todo*». Así traducían los suyos, parafraseando una máxima de san Juan de la Cruz a la que ya nos hemos referido, el programa que vieron vivido en el p. Soto: «*solo mora en este monte la formación de sujetos*». A los males del mundo y de la Iglesia proponía responder con una gran santidad de vida y mediante el compromiso apostólico, «*para regalarle a la Iglesia un puñadito de santos de gran talla*». Sentía una pena enorme al constatar que el mal comportamiento de algunos manchaba a la más pura y santa de las madres, la Santa Madre Iglesia. Y por eso, lanzaba a sus dirigidos al apostolado, que no está en hacer y decir, sino en ser: callar y obrar, morir y amar.

¿Para qué los días de convivencia? Respondía el Padre citando a san Ignacio: «ejercicios espirituales, para vencerse el hombre a sí mismo, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». A quienes iban a dirigir alguna convivencia, el Padre les pedía «caudal de doctrina, santidad de vida y olvido de sí». El apostolado, tal como lo entendía el Padre, es cuestión de pureza de corazón, caridad y fe, más que de cualidades personales, como escribía él a una misionera avilista: *«¿Cuál de las dos hará más bien? La que ame más a Dios y sea más humilde y limpia de corazón. No importa que Vd. no sirva para animarlas, si sirve para amar y sacrificarse. ¿Que las chicas se desorientan porque Vd. no sabe animarlas? No, hija, no; por eso no se desorientan. Si Vd. es humilde y limpia de corazón y sabe amar a Jesús y a las almas por amor de Jesús y sabe sacrificarse por Él y por ellas, ya se irán orientando todas las de buena voluntad»*. Apóstol, pensaba el Padre, es un cáliz lleno de Jesús hasta los bordes que al moverse va derramando Jesús en torno suyo. Fuera de esta definición no concebía apostolado alguno. Animaba a usar todos los medios honestos a nuestro alcance, pero sin poner la confianza en los medios externos, confiando solo en la técnica del evangelio, la del grano de trigo que muriendo da vida, pues, como dice san Juan de Ávila: «El hombre con Dios es como Dios, y el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco» (Carta 2, a un religioso predicador).

La labor apostólica del Siervo de Dios buscaba que en cada parroquia hubiese un grupito de auténtica vida interior, que fuera fermento, luz, sal y levadura: almas-raíz, que el mundo no ve ni toma en cuenta, pero que dan vida, sostienen y alimentan la llama de la fe. «¡Ser alma-raíz y formar almas-raíz! ¡Qué misión tan necesaria y tan fecunda! Almas raíces, ¡benditas seáis!» El precio: *«dar muerte a la vida de sentidos, ajustar la vida a las máximas del Evangelio, ir dejando de ser como uno es para ir siendo como Jesús nos quiere»*. Escribía el padre a una dirigida suya: *«Y cuando llegue a una perfecta transformación en Él, pensando, sintiendo, amando, siendo como Él, tendremos el apóstol que vivirá vida apostólica, sin pretenderlo ni casi darse cuenta»*. Sin este grupito de personas con el egoísmo debajo de los pies, *«todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño»* (san Juan de la Cruz). La parroquia, el movimiento, el grupo, se reducen entonces a rutina y negocio, y terminaran en la ruina. Un pequeño grupo, poseído por el Espíritu Santo es capaz de fermentar toda la masa. Tenía muy presente la admonición que hacía san Juan de Ávila al primer sucesor de san Ignacio al frente de la Compañía: Deseo que la gente de esta santa Congregación no fuese mucha. No porque esté el bien en ser pocos, sino porque está en ser buenos, y de lo bueno suele haber poco...» (Carta 191, al p. Diego Laínez).

El p. Soto recordaba a los suyos que la misión de la Iglesia consiste en ayudar a vivir de fe, esperanza y caridad: ver con los ojos de Jesús, tener el corazón anclado en las cosas de arriba, amar con el mismo amor de Dios. Sabía acompañar con paciencia, a cada uno desde el punto en que se encontraba. Proponía un ideal elevado, pero era capaz al mismo tiempo de traducirlo en pequeños pasos asequibles a las fuerzas de cada quien. No era amigo de imponerse por la fuerza, sino que respetaba a cada uno, confiando en la sinceridad personal: «un hombre plenamente honrado, no es cualquier cosa», repetía. Invitaba a comenzar por aquellos puntos que uno veía claro, sin traicionarse ni engañarse. A mayor fidelidad mayor luz, y mayor fuerza para vivir lo que vamos descubriendo.

Pocos como el P. José Soto han comprendido la dignidad, vocación y misión de la mujer en el mundo y la Iglesia: *«como no hay Cristo sin María, no hay sacerdote santo sin la presencia de hermanas y madres en el Señor, que sean un reflejo de la María Inmaculada, virgen y madre»*. Comprendió el matrimonio como camino de perfección evangélica, a condición de que uno y otro totalmente volcados en amar al cónyuge y, siendo un solo corazón, formen cristianamente a los hijos: *«si necesaria fue la unión de sus cuerpos para engendrarlos, necesaria es la unión de sus corazones para educarlos»*. El padre concebía el noviazgo como medio de santificación, cimiento sólido para edificar la comunidad familiar; la juventud como tiempo especial para la formación, tiempo de sembrar, de «cargar la nube y que luego el viento del Espíritu la lleve a donde quiera y sea capaz de fecundar ese campo»; la formación universitaria como tiempo precioso para prepararse a contribuir eficazmente en la edificación del mundo conforme al proyecto de Dios –criterio para elegir carrera: *«porque dadas mis cualidades desde esta profesión daré más gloria a Dios y serviré mejor a la santa madre Iglesia»*–. En fin, veía en cada bautizado, un santo y un apóstol en potencia, llamado a ser alma viva y vivificante en el seno de la Iglesia.

En el p. José Soto Chuliá Dios ha regalado a la Iglesia el heroico testimonio de un hombre entregado que no se buscó a sí mismo, ni su propia gloria, que sufrió la incomprensión y persecución –«*la música de fondo que nos acompañará si somos lo que debemos*», «*el celo apostólico hunde sus raíces en la cruz*»–, un sacerdote enamorado de Jesucristo y dedicado totalmente a prolongar su obra de salvación en la Iglesia, que hizo realidad en sí mismo la palabra sobre el grano de trigo que muriendo es fuente de una fecundidad extraordinaria: **«En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto; pero si muere da fruto abundante»** (Jn. 12, 24): Los muchos sacerdotes, en Europa y América, que han recibido ayuda a través del Padre y sus hijos espirituales; los pisos y residencias para estudiantes –«*escuela superior de formación cristiana y orientación apostólica*», les llamaba el Padre–, las casas de formación para sacerdotes y seminaristas, los grupos de matrimonios y familias, los campamentos, las convivencias, los seminarios dirigidos por miembros de la Fraternidad, las dos Obras femeninas fundadas por el Siervo de Dios extendidas por muchos países, los muchos miembros de la familia espiritual que han muerto con fama de santidad y que desde el cielo siguen contribuyendo a la extensión de la Obra, dan testimonio de ello.

En el momento en que el que suscribe estas líneas más lo necesitaba, el encuentro con la Obra de san Juan de Ávila, imprimió en mi vida una orientación decisiva. Después de muchos años de haberme beneficiado del carisma que Dios regaló a la iglesia a través de la persona y ministerio del Siervo de Dios D. José Soto Chuliá, a inicios de 2013 –coincidiendo prácticamente con la histórica renuncia del Papa Benedicto XVI–, con grande dolor tuve que tomar la decisión hasta ahora más difícil de mi vida: dejar aquella comunidad a la que amaba como a una familia para responder a la llamada del Señor y dedicarme, de balde y con todo lo mío, a Cristo en la formación de los jóvenes. Aquello representó, en cierto sentido, casi perderme a mí mismo, un sacrificio que ofrezco al Señor por la conversión de muchos. En este proceso no han sido pocas las ocasiones en las que he experimentado la cercanía e intercesión del Siervo de Dios, cuyas enseñanzas y criterios siguen representando hasta la fecha un faro potente que ilumina mi vida y apostolado, y que ha ayudado a la Sociedad de san John Henry Newman en sus primeros pasos. En el 50º Aniversario de su Pascua, dirijo con gratitud la mirada del corazón hacia Villa Santa Teresa, en Torrente, Valencia, casa donde el padre Soto vivió sus últimos años y donde, en espera de la Resurrección, reposan sus restos incorruptos.

Hace 50 años, el 23 de agosto de 1975, después de un periodo de enfermedad, vivido con gran fe y olvido de sí, el Padre Soto pasó de este mundo a la casa del Padre. La apertura del proceso de Beatificación en 2010, en la Archidiócesis de Valencia, y la conclusión de la fase diocesana del mismo, el 18 de marzo de 2023, en la Catedral de Valencia, nos animan a tratar de hacer vida el programa trazado por el p. Soto, así como a recurrir a su intercesión. El p. José Soto Chuliá puede ser considerado el apóstol del bautismo como llamada a la santidad y al apostolado, el apóstol de la santidad sacerdotal. Recuerdo a una misionera avilista que, siendo ya muy mayor, ofrecía sus fatigas y sacrificios para que los sacerdotes y seminaristas diocesanos fueran «como el Padre los quería». Eso pedimos hoy, especialmente al Señor, por intercesión del Siervo de Dios José Soto Chuliá, padre y amigo de sacerdotes, formador de Cristianos: que el señor nos conceda la gracia de tener sacerdotes santos.

Muy unidos en Jesús y María,
Adrián A. Aguilera A., de la sociedad de san John Henry Newman

